

CELEBRAR LA EUCARISTÍA EN UN AMBIENTE PLURAL Y MULTICULTURAL*

*Gilbert Mbula Niyitegeka***

Fecha de recepción: 14 de diciembre de 2012

Fecha de aprobación: 19 de febrero de 2013

Resumen:

Al mismo tiempo que afirmamos la eucaristía como encuentro, reconocemos que la realidad humana es problemática y son varios los elementos que pueden imposibilitar vivir tal encuentro en su sentido pleno. En ocasiones, la realidad plural y multicultural, más que oportunidad, se percibe como peligro. Se llegará a superar tal dificultad si comprendemos la eucaristía como un encuentro con Jesús, con Dios hecho hombre entregado y entregándose en manos de la humanidad, sin exclusión ninguna. Por tal motivo, resulta importante asumir la realidad eucarística desde la historia, reconociendo en el “otro diferente” una oportunidad.

Palabras clave: *Eucaristía, teología sacramental, comensalidad, diálogo intercultural, pluralidad.*

INTRODUCCIÓN

En términos generales, estamos viviendo profundas transformaciones que no dejan nada al margen. Se ha vuelto bastante delicado hablar de relación, de encuentro y de solidaridad con otros, tanto en lo religioso, lo axiológico, lo económico, lo político, como en la organización de la vida

* Extracto de la tesina presentada para la obtención del grado de Bachiller en Teología, “Compartir de la misma mesa a pesar de las diferencias y los conflictos”, sustentada el 24 de mayo de 2012. Asesor: Sergio César Espinosa.

** Misionero Xaveriano. Estudiante de Teología, Instituto de Formación Teológica Intercongregacional, México D.F. (afiliado a la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá); Licenciado en Filosofía, Philosophat Isidore Bakanja, República Democrática del Congo. Correo electrónico: gilmbula@hotmail.com

familiar. En esta situación, los cristianos no dejamos de plantearnos la celebración eucarística como vivencia de gratuidad y de vida compartida.

Sin miedo a equivocarme, afirmo que una de las preocupaciones –dentro y fuera del ámbito cristiano– es vincular lo que celebramos en la eucaristía con el compromiso social; de igual manera, al hacer nuestras las preocupaciones de la humanidad, buscamos llevar la vivencia diaria, las esperanzas y alegrías, a lo que celebramos en la eucaristía. Tengo la convicción de que solo de este modo podemos pretender prolongar la práctica liberadora que Jesús asume en la mesa compartida y en la vida entregada.

Tal compromiso no se puede vivir hoy al margen de los “cambios epocales” que se experimentan desde lo cultural hasta lo estructural. Sea cual sea la situación, nuestra celebración eucarística tiene que ser un encuentro y una convivencia creativa, significativa y comprometedora. En efecto, encuentro y convivencia multicultural constituyen la realidad existencial de la comunidad en la que me ubico y participo diario en el memorial del Señor.

Dicha comunidad está integrada por miembros provenientes de siete naciones distintas, con costumbres distintas, con personalidades distintas, pero –en fin– con una única finalidad: *ser una familia de hermanos que evangelizan para hacer del mundo una sola familia*. Es también, sin lugar a duda, la realidad de varias comunidades cristianas de nuestra actualidad.

Sabemos que el mismo cristianismo primitivo tomó forma en un ambiente plural. Me doy cuenta de que en esta realidad más de uno se siente extraño y lastimado por lo que ve y oye (o sea, por las incoherencias de palabras y acciones), y a menudo no tiene ganas de cantar, y mucho menos, de entonar aleluyas que se antojan fuera de lugar. Todo indica que, en la práctica, estamos lejos de lo que proclamamos.

No deseamos ser negativos porque no todo es sombra. Ciertamente hay elementos de luz que pueden entereverse en el esfuerzo de muchas personas y es preciso citar nombres para no olvidarlos. Nuestra esperanza reside en que, iluminados por la práctica eucarística, alcancemos todos o sigamos proponiéndonos llegar a ser y a vivir lo que implica nuestra adhesión a Cristo: compartir la misma mesa, aun en medio de la pluralidad y los conflictos consecuentes.

Asimismo, esperamos renovar nuestro testimonio, revalorando las diferencias como riquezas y los conflictos como oportunidades; riqueza y oportunidad porque en la eucaristía no se trata de un “autoamor” sino de una “comuni3n” (con Dios y con los dem3s) y de una vida de alteridad y compa3a (de Dios y de los dem3s).

En el desarrollo del presente escrito es importante reconocer que la diversidad cultural es una referencia directa a las diferencias que podemos encontrar entre sujetos que viven, trabajan y celebran juntos la eucaristía. Tomamos, de alguna forma, conciencia de que los grupos a los que pertenecemos nos proporcionan identidad, y ésta es muy relevante cuando estamos entre personas de otro grupo. Es con nuestra identidad, nuestro gozo de ser personas que se conocen en transparencia y se aceptan con alegría, como nos abrimos sin miedo a la diferencia.

En esta reflexi3n que hacemos y que orientamos a la vivencia de nuestra existencia eucarística, más que presentar expectativas, dudas o preguntas, dejamos en claro inquietudes de lo que puede ser, día tras día, nuestra experiencia junto al otro diferente: encuentro, desencuentro y reencuentro.

De repente, por unos detalles inevitables, si estamos hablando de pluralidad, nos podemos escandalizar y en vez de vivir la eucaristía como verdadero encuentro con Cristo y con nuestros hermanos, la vivimos como desencuentro. Un proyecto existencial no se abandona. Si el encuentro que nos toca vivir se vuelve escándalo y desencuentro, por las incoherencias antes mencionadas, lo importante es volver a encontrarnos.

ENCUENTRO

El hecho de la comuni3n, de la *koinonía*, de la comunidad que se encuentra, constituye la realidad central de la celebraci3n eucarística. Sin lugar a duda, es Cristo quien convoca a los creyentes y estos, en unidad de fe, aceptan ir a su encuentro, y por ende, al encuentro de cada uno de los hermanos. Quienes se reúnen est3n conscientes de que Jes3s ha expresado su pascua en signos eucarísticos, en la fracci3n del pan y en gestos de vida compartida. De este encuentro brota una misi3n, un compromiso que ciertas expresiones lit3rgicas y culturales han recuperado, con la idea de

que la eucaristía en comunidad busca reforzar la unidad de los miembros, darles nuevo aliento, para seguir el camino de la vida.

Desde tal perspectiva podemos hablar propiamente de encuentro apuntando a la relación horizontal de los participantes entre sí en cuanto “somos un solo pan y un solo cuerpo, aun siendo muchos, porque todos participamos de un solo pan” (1Co 10,17). Afirmamos el pan partido y compartido como lugar de encuentro, de conversación, de amor y de solidaridad entre personas. Independientemente de nuestras procedencias y de nuestras diferencias, en el momento en que nos encontramos y hacemos memorial del Señor, la eucaristía se hace y es lugar común de origen y de destino, donde damos gracias por el don de la vida, nos esforzamos y solidarizamos para hacer de nuestro planeta un mundo más humano.

Por otra parte, cuando hablamos de diversidad, lo que se pone en juego es el encuentro entre nosotros y los otros. En tal sentido, la expresión *diversidad cultural* “se refiere a una variedad de comportamientos que se diferencian en función del grupo cultural al que se pertenece. Se habla muchas veces de ello en un sentido más amplio, que engloba también el respeto de dichas diferencias”.¹

La diversidad es esencial para que las culturas y los grupos prosperen y tengan éxito. Ocurre lo mismo al valorar nuestro encuentro eucarístico. Vivir la diversidad permite ver y actuar de otra manera, abre la mente y favorece la creatividad. Entre otras cosas, el pluralismo ofrece a los individuos la libertad y la posibilidad de considerar alternativas a las opiniones sociales aceptadas; eleva el diálogo y la opinión pública a un lugar preeminente dentro del grupo social.

Celebrar la eucaristía en un ambiente multicultural nos abre a la diferencia de Dios que se inscribe en la corporeidad humana. Eso es abrirnos a la relación trinitaria, en la que se vive continuamente la generación y la relación interpersonal. Se trata de un darse de sí mismo al otro. Entendida de esta manera la oportunidad que se nos brinda, al aceptar la diferencia, recuerdo a quienes se cierran ante la novedad y ante lo extraño que incluso teorías milenarias tienen sus límites a la hora de aplicarlas.

¹ Labrador, “Nadie debe perder”, 109.

De esta manera, para que se dé un verdadero encuentro, es necesario plantearnos la necesidad y la invitación a salir de nuestra comodidad y conveniencias. Solo así se puede pensar y gozar de una fe y de un encuentro que nos acerquen a la belleza de Dios que brilla de forma creativa en la diversidad de pueblos, culturas y experiencias. Allí caemos en cuenta de lo que significa la experiencia de un encuentro (uno que se vive en la gama plurimulticultural:

...recibir al otro diferente, abrirse a la posibilidad de su acaecer: padecerlo, aceptarlo, someternos a él: dejar que lo encontrado nos encuentre, y en ese encuentro llegarlo a ser o sea, que lo encontrado sea parte de nosotros y nos transforme.²

El encuentro implica más que una simple diversidad de estilos de vida. Más a fondo de todo encuentro radican los diferentes modos de pensar, valorar, sentir, juzgar y elaborar objetivos o ideales. El acto de celebrar en un ambiente plurimulticultural entraña así una interacción dinámica entre testificar lo que celebramos y la apertura al otro; y entre confianza o convicción y humildad; se centra en el modo y en la medida en que el contexto intercultural y transcultural puede transformar y transforma, de hecho, la naturaleza del testimonio cristiano. A menudo, el que no haya testimonio conlleva una incapacidad y hasta falta de voluntad para poder encontrarnos cara a cara, sin fingimiento. Todavía con mayor razón cuando se trata del compromiso y del encuentro eucarístico.

Dar testimonio desempeña, en efecto, un papel absolutamente esencial en todas las formas de encuentro plurimulticultural. Por ello, el encuentro eucarístico entre miembros de diferentes culturas solo puede adoptar la forma de testimonio. Nos encontraremos en dificultad de poder expresarnos y de poder entender al otro en sus manifestaciones, pero no habrá otra forma de llevar a la vida lo que celebramos en la eucaristía, sea cual sea nuestra cultura.

El testimonio será siempre el de la vida compartida en amor y justicia. Pero eso es una experiencia que nunca se puede captar del todo. Sin embargo, es de máximo interés que sigamos trabajando en ello, como

² Mujica, *Kenosis: sabiduría y compasión en los Evangelios*, 17.

Iglesia y como comunidad, al celebrar la eucaristía, pues la calidad de la vida propia habla con más fuerza que nuestras palabras.

Cuando nos detenemos a ver la intensidad, la extensión y el alcance del pluralismo actual, no tenemos dudas de que la Iglesia en general y las pequeñas comunidades en particular enfrentan una situación cualitativamente diferente de la de hace poco tiempo. Nuestro contexto contiene diferentes medios con visiones radicalmente distintas.

Hemos hablado de lo cultural, pero también los factores de pluralismo religioso y secularismo definen simultáneamente la forma del contexto en el cual los cristianos debemos articular nuestro testimonio eucarístico. Por ende, celebrar la eucaristía en un ambiente pluricultural es establecer nuestra presencia testimonial en el ámbito público, en particular, el significado ético y político de nuestra fe, sin pretensión de imponernos.

El encuentro como el que planteamos es comunicación, y supone comunidad de interés. Así se inicia un intercambio que puede llevar —de acuerdo con la teología intercultural que presenta R. Schreiter— a una homogeneización³ o a una encarnizada resistencia, y en algunos casos, a la hibridación o mezcla de cosas.⁴ Esta última situación podría parecer la más deseable de las tres, por cuanto implica préstamos mutuos y ayuda, a la hora de afrontar cambios en el entorno propio.

Ahora, con la valoración que acabamos de hacer de la hibridación, me parece importante dejar en claro una idea: de hibridación en hibridación, puede ocurrir que caigamos nuevamente en una visión cerrada o en un rechazo implícito. Por tanto, dado que la idea nuestra es rescatar también la coexistencia de diversas culturas, preferimos quedarnos con el pluralismo cultural.

Sin embargo, al considerar el carácter trágico de la realidad humana no faltarán excesos en torno de la eucaristía, como el olvido de los demás,

³La homogeneización no implica necesariamente la aceptación de lo que me viene de afuera. Se trata nada más de una valoración positiva o del reconocimiento de que el otro vale igual que yo, pero me quedo en lo mío. Ya es un paso diferente al de la encarnizada resistencia que implica no aceptar ni valorar que haya otro modo diferente al mío.

⁴Schreiter, “La misión cristiana en una ‘nueva modernidad’ y las trayectorias de la teología intercultural”, 31-44.

que lleva a posturas aislacionistas e individualistas. Se puede incluso llegar a situaciones en las que nadie tenga nada que decir, e incluso, en ocasiones, entramparse en la instrumentalización de la misma eucaristía. Estos abusos, en cuanto nos alejan de la solidaridad, de la justicia, del amor, de la vida compartida, son motivos de desencuentro en un contexto plural y multicultural.

DESENCUENTRO

La eucaristía, en su etimología, nos refiere antes que nada a la acción de gracias. Vista más profundamente, o desde la misma idea de acción de gracias, descubrimos más dimensiones. La eucaristía es una acción de gracias que se celebra bendiciendo a Dios por los dones de la tierra y de la vida; es una fiesta de comunión y de fraternidad, en la que la solidaridad, la justicia y el amor mueven a todos los participantes; es un encuentro de unidad en la pluralidad. Esto lo venimos subrayando y es el ideal hacia donde caminamos.

Sin embargo, no podemos soslayar el hecho de que la eucaristía, planteada como encuentro, resulta difícil de vivir, si nos atenemos a nuestras diferencias y a los posibles conflictos que pueden resultar de las dichas diferencias. Más que encuentro, esto resulta un desencuentro. Lo anterior suscita la pregunta de cómo celebrar y agradecer al Dios de la vida, si no nos podemos mirar de frente, sonreírnos y apoyarnos.

Asimismo, al tropezar con enormes obstáculos y desviaciones en torno de la práctica eucarística y de sus implicaciones en la vida diaria, parece imposible vivirla como encuentro que evangelice. Sin duda alguna –señalaba Pablo VI–, la ruptura entre Evangelio y cultura es el drama fundamental de nuestro tiempo.⁵ Esto es tan cierto, que puede también cuestionar nuestros modos de celebrar la eucaristía. Los hombres, en efecto, usamos las cosas para bien o para mal.

...es más fácil señalar por dónde debe discurrir la práctica adecuada y respetuosa con el sacramento, por encima de los defectos en que hemos podido incurrir. Todo ello, además, plantea la cuestión de hasta qué punto la Iglesia en su con-

⁵ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi: exhortación apostólica*, 20.

junto, y cada uno de los cristianos en particular, tenemos que atenernos a lo fundamental de la eucaristía, hasta qué punto podemos y debemos adaptarla a la situación presente, y hasta qué punto podemos convertirla en algo manejado caprichosamente y de forma poco responsable.⁶

La situación presente que rescatamos aquí es la de celebrar en un ambiente plural y multicultural. Parece que han pasado los tiempos en que el sacerdote, de espaldas al pueblo, trataba solo con el Altísimo; y a pesar de los cambios, continuamos celebrando, de momento, la eucaristía de espaldas a las culturas.

Para evangelizar y evitar el desencuentro, “la eucaristía ha de traducir lo que el pueblo vive en un lenguaje y con unos ritos que el pueblo comprenda”⁷ –señala B. Fortin, al referirse a aspectos litúrgicos–, y nosotros lo proyectamos más allá hasta las actitudes y la concreción de lo que celebramos en diálogo con el otro diferente. Hay que descubrir la verdad sobre el encuentro y sobre la eucaristía para poderla inculturar de veras.

En la misma línea y para señalar dificultades concretas, no podemos encontrarnos si manejamos un lenguaje esotérico, solo accesible a los iniciados, un lenguaje opaco a las culturas. En nuestras celebraciones masivas, hablamos a veces de una forma que a la mayoría no le dice nada.

De manera especial, los jóvenes no sienten que “la cosa” tenga que ver con ellos. En esto hay un peligro que no podemos negar: si no se produce un verdadero encuentro, nuestras celebraciones resultan como un mundo paralelo. El mismo B. Fortin reconoce esto, al expresar algo que todos nosotros hemos oído por lo menos una vez: el pueblo percibe que no se traspasa el umbral de su vida de cada día; tiene la impresión de que se trata de un mundo paralelo, en el que no hay lugar para la vida concreta, de un mundo que puede servir para distraerse o para evadirse del mundo real.⁸

Si nuestra eucaristía se desarrolla lejos del llanto y del gozo de cada día, por supuesto que resultará en desencuentro. De igual manera,

⁶ Resines, *Eucaristía: La fiesta cristiana*, 91.

⁷ Fortin, “Inculturar la eucaristía para evangelizar”, 53.

⁸ *Ibid.*, 54.

si es una mesa en la que no todos son iguales ni participan en igualdad de condiciones, si es una comida a la que todos están invitados pero en la que no todos pueden comer, si es una comida que no es comida, resultará en desencuentro. No podemos, entonces, extrañarnos de que la Iglesia sea minoritaria en una sociedad pluralista y multicultural. Todo se explicaría por sí mismo.

Gran cantidad de personas –solo mencionemos a los divorciados vueltos a casar y marginalizados– se sienten excluidas de nuestros encuentros eucarísticos. ¿Seguirán siendo ceremonias sin mañana, que no alimentan el deseo de ponerse en camino? Al pensar en el impulso de “la Iglesia en el mundo”, con el Vaticano II, nuestra actitud es de esperanza, aunque no es nada fácil.

Sin duda alguna, existen pistas de renovación. Solo hay que buscarlas. En efecto, no tiene sentido una liturgia y una comunión aisladas. Siempre se comulga con y para los demás, se participa en la eucaristía con y para los demás. Por eso, nos planteamos la posibilidad y la urgencia de un reencuentro, de un replanteamiento de nuestros modos pocos abiertos y pocos inclusivos.

REENCUENTRO

Los seres humanos no debemos perder nunca la capacidad de sentarnos con otros seres humanos en una mesa común, para intercambiar nuestros puntos de vista sobre lo que le está sucediendo a cada uno y compartir las maneras de afrontar esa realidad, por muy dura y compleja que sea. La llegada de personas diferentes, sin perder nuestros signos de identidad, debería ayudar a enriquecer nuestro propio patrimonio con la cultura de quienes vienen de otros lugares y otras realidades. Nunca deberían llevar a encerrarnos cada uno en su casa.

En una dinámica de encuentro entre personas, un impulso natural nos lleva a simpatizar con quienes de algún modo están vinculados de cerca a nosotros. Rodeamos de benevolencia, por inclinación espontánea, a quienes nos complacen y nos hacen el bien. El principio es otro en el encuentro enamorado que celebramos en la eucaristía. En este encuentro reconocemos que no es bueno que el hijo quede fijado en su madre; es bueno que salga, que rompa el cordón, que encuentre a un amigo o

amiga diferente, para descubrir y desplegar en él o en ella la inmensa maravilla del encuentro.

Lógicamente, los esfuerzos de todos deben ir dirigidos a fomentar encuentros entre las personas con diferentes maneras de afrontar la vida, con sus dificultades, sus esperanzas y sus variadas formas de plantear las relaciones familiares, laborales, culturales... Entre todos, debemos buscar siempre respuesta a las nuevas situaciones planteadas y descubrir la salida a los problemas que vamos encontrando, en una época como la nuestra, que invita más al individualismo y al disfrute del momento presente, sin mirar para nada a los que viven cerca de nosotros.

Es imposible celebrar la eucaristía sin vivirla, antes que nada, como un encuentro con toda la humanidad, toda la historia y toda la creación. Solo así el hermano que está a nuestro lado se sentirá interesado y tomado en cuenta. “Nos acercamos por nosotros mismos y por nuestra tranquilidad, pero nos acercamos sobre todo por y para solidarizarnos con toda la humanidad.”⁹

El pan que necesitamos en el encuentro y reencuentro con el otro diferente no es pan prefabricado, sin calorías. Es un pan amasado con las manos, con algunas gotas de sudor que cae sobre esa masa; horneado poco a poco, tal vez con un fuego de leña. Es un pan que, al partirse entre todos, nos reúne a la misma mesa y nos hace compartir la vida y todo lo consecuente, así como la comida que siempre sobra cuando se junta a la de los demás.

Nuestra eucaristía, en el plan plurimulticultural como en cualquier otro contexto, no puede dejar de ser encuentro de diferentes, que se enriquecen mutuamente con lo que cada uno es: diferente país, diferente género, diferente edad, diferente cultura, diferente forma de pensar y opinar, pero todos hijos del mismo Padre, y también hermanos en el sentir y en el colaborar por un mundo más justo y más solidario.

Nuestro tiempo está llamado a ser tiempo de intercomuni3n. Es imposible dejar de tener en cuenta que cristianos de diferentes iglesias se encuentran dando testimonio de su fe mediante la participaci3n en

⁹ Zundel, *Un autre regard sur l'eucharistie*, 103.

las mismas causas. Con mayor razón deberíamos hacerlo quienes nos reunimos en torno de la mesa común de la eucaristía. Si, por un lado, el pan resulta de muchos granos de trigo, y el vino de muchas uvas, la amistad y el diálogo, por el otro, han de ser haz fraterno que une a los seres humanos.

Definitivamente, celebrar la eucaristía en un ambiente plural y multicultural es celebrar y vivir en una tensión creativa. Es decir, estamos llamados a renunciar a nuestras diferencias, y al mismo tiempo, a enriquecernos mutuamente con tales diferencias. La actitud correcta no es condenar ni criticar; tampoco es sano copiar, para no sacrificar la pluralidad necesaria. La actitud y el desafío en el encuentro que nos toca vivir sigue siendo “crear”; crear, como lo entendemos, es promover siempre el camino del pan dialogado en la comunión interpersonal, la participación de todos y la solidaridad. Eso implica, entre otras cosas:

- Gratuidad, al respetar y favorecer en todos y en cada uno la dignidad personal.
- Reconciliación permanente, desde la comprensión, la tolerancia y el perdón.
- Igualdad y corresponsabilidad en clave de fraternidad.
- Un verdadero amor, vivido como solicitud sincera y servicio desinteresado hacia los demás.
- El don de sí mismo, como ley que rige las relaciones.
- La concientización a actitudes críticas y dialogantes, con el fin de advertir, de sentir y de buscar creativamente nuevos caminos.

CONCLUSIÓN

La fe en el Dios cristiano es una fe esencialmente *convivial*. El encuentro y reencuentro han de caracterizar al seguidor de Cristo. Es en el encuentro con el otro diferente, en el encuentro plural, como se reconoce que Jesús es vida compartida. Solo así se experimenta que Jesús es autodonación y que “ofrece lo que tiene, sin guardarse nunca nada, regalando su existencia como vida abierta por los pobres”¹⁰; es vida compartida y autodonación

¹⁰ Pikaza, *Trinidad y comunidad cristiana. El principio social del cristianismo*, 156.

porque “comporta con los otros su existencia esforzándose en lograr el gozo de un encuentro donde todo empiece a ser regalo, gracia de la vida que se acoge, se devuelve, se comparte”.¹¹

Esto ha de ser nuestra eucaristía en esta época, que se vuelve cada vez más plural en las formas y expresiones, y multicultural en las convivencias entre personas. Al hablar de la eucaristía como pan de encuentro y reencuentro, enfatizando el compromiso con la vida, solo terminamos marcando unas pistas hacia el final de tercer punto de nuestro desarrollo, y parece ser poco abundante como propuesta.

No lo vemos así, y la idea no es ser indicativo para la práctica, de modo que no nos cerremos al pluralismo que promovemos. Estamos conscientes de que Dios sigue llamando hoy a la libertad y sigue abriendo caminos hacia la misma. Las comunidades están llamadas a discernir las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que sean necesarias en cada caso. No podemos separar nuestra eucaristía de la existencia ni la existencia de la eucaristía. El encuentro liberador histórico que se llevó a cabo por y en la persona de Jesús ha de continuar en el presente.

BIBLIOGRAFÍA

- Fortin, Benoît. “Inculturar la eucaristía para evangelizar.” *Selecciones de teología* 129 (1994): 53-56.
- Labrador Fernández, Jesús. “Nadie debe perder.” *Sal Terrae* 1131 (2009): 107-118.
- Mujica, Hugo. *Kenosis: sabiduría y compasión en los evangelios*. Buenos Aires: Editorial Estaciones, 1992.
- Pablo VI. *Evangelii nuntiandi: exhortación apostólica*. Roma: Editrice Vaticana, 2002.
- Pikaza, Xavier. *Trinidad y comunidad cristiana. El principio social del cristianismo*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 1990.

¹¹ Ibid.

- Resines, Luis. *Eucaristía: la fiesta cristiana*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2000.
- Schreier, Robert. “La misión cristiana en una ‘nueva modernidad’ y las trayectorias de la teología intercultural.” *Concilium* 339 (2011): 31-44.
- Zundel, Maurice. *Un autre regard sur l’eucharistie*. Paris: Le Sarmant, 2011.

